

Los poderes de la lectura por placer

ELSA M. RAMÍREZ LEYVA
Coordinadora



LB1050
P63

Los poderes de la lectura por placer / Coordinadora Elsa M. Ramírez Leyva.- México : UNAM. Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información, 2022.

xvii, 232 p. - (Lectura: pasado, presente y futuro)
ISBN: 978-607-30-7002-7

1. Lectura. 2. Promoción de la lectura. 3. Lectores. 4. Conducta lectora. I. Ramírez Leyva, Elsa M., 1949-, coordinadora. II. ser.

Diseño de cubierta: Mario Ocampo Chávez

Primera edición: 17 de noviembre 2022

D.R. © UNIVERSIDAD NACIONAL

AUTÓNOMA DE MÉXICO

Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas
y de la Información

Circuito Interior s/n, Torre II de Humanidades,
pisos 11, 12 y 13, Ciudad Universitaria, C. P.
04510, Alcaldía Coyoacán, Ciudad de México

ISBN: 978-607-30-7002-7

Esta edición y sus características son propiedad
de la Universidad Nacional Autónoma de México.
Prohibida la reproducción total o parcial por
cualquier medio sin la autorización escrita del
titular de los derechos patrimoniales.

Publicación dictaminada

Impreso y hecho en México

Contenido

PRESENTACIÓN	xi
Elsa M. Ramírez Leyva	

LA PRODUCCIÓN DE LA LECTURA POR PLACER

EL APRENDIZAJE DE LOS PLACERES	3
Jorge Larrosa Bondía	
PLACER Y CONOCIMIENTO: DOS POTENCIAS DE LA LECTURA	13
Juan Domingo Argüelles	
LEER POR PLACER, UN BRINCO A LAS EMOCIONES Y LA IMAGINACIÓN	25
Aline de la Macorra	
BENEFICIOS DE LA LECTURA EN VOZ ALTA DURANTE LA PRIMERA INFANCIA	37
Evelio Cabrejo Parra	
BIBLIOTERAPIA: LA LECTURA COMO FUENTE DE PLACER Y DE BIENESTAR	49
Julio Alonso Arévalo	

LOS EFECTOS DE LA LECTURA POR PLACER

HERÁCLITO CONTRA DEMÓCRITO: LA LECTURA COMO IMAGEN DEL MUNDO EN EL BARROCO	63
Agustín Vivas Moreno	
LA VIDA COMO LIBRO, EL RESTO ES SILENCIO	81
Camilo Ayala Ochoa	

ESPEJO DE LECTURA, LECTORES <i>PRÍNCEPS</i> Y PLACERES DIVERTIDOS: <i>EL LIBRO SALVAJE</i> DE JUAN VILLORO	93
Daniel de Lira Luna	

CONTRIBUCIÓN DE LA LECTURA POR PLACER
A LA FORMACIÓN ACADÉMICA

DEL PLACER DE LEER COMO PROPÓSITO FORMATIVO	111
A. Olivia Jarvio Fernández	

DELEITAR APROVECHANDO. AMOR, PASIÓN, PLACER Y TRASCENDENCIA EN LA LECTURA DE TEXTOS CIENTÍFICOS	123
José López Yepes	

EL PLACER DE LA LECTURA EN EL MEDIO DIGITAL: APROPIACIÓN, INTEROPERABILIDAD Y DESCUBRIMIENTO	139
José Antonio Cordon García	
María Muñoz Rico	

EL PLACER DE LA LECTURA REESCRITO EN EL PLACER DEL HABITAR LA ARQUITECTURA: DEL LENGUAJE VERBAL ESCRITO AL LENGUAJE NO VERBAL HABITADO (Y VICEVERSA)	155
María Elena Hernández Álvarez	

LA LECTURA POR PLACER EN EL CAMPO
BIBLIOTECARIO

EL CLAROSCURO DE LA LECTURA POR PLACER	173
Héctor Guillermo Alfaro López	

LA LECTURA POR PLACER EN LA BIBLIOTECA: ENTRE DETERMINACIONES Y POTENCIACIONES	189
Didier Álvarez Zapata	

PASIÓN POR LA LECTURA EN LA PREPARATORIA DEL TECNOLÓGICO DE CUERNAVACA: EXPERIENCIAS DE LECTURA PARA EL FLORECIMIENTO HUMANO DESDE LA BIBLIOTECA Y LA ACADEMIA	201
Ofelia Antuña Rivera	
LA LECTURA POR PLACER FORMA LECTORES: UN PODER EN RIESGO Y NUEVOS DESAFÍOS PARA LA BIBLIOTECA	215
Elsa M. Ramírez Leyva	

El aprendizaje de los placeres

JORGE LARROSA BONDÍA
Universidad de Barcelona, España

INTRODUCCIÓN

La separación esencial no es entre placer y esfuerzo, sino entre placer y producción (y utilidad). Se trata de pensar la lectura en la escuela como espacio y tiempo no productivo. Se trata de pensar el estudio como una relación no productiva con el mundo. Se trata de pensar la lectura escolar y estudiosa como una lectura placentera; es decir, no productiva. Se trata de pensar la lectura en la escuela como una lectura en la que el placer no se da, sino que se cultiva; es decir, se aprende.

EL CULTIVO DE LOS PLACERES

A diferencia de otros, el animal humano no sólo es capaz de sentir placer, sino también de cultivarlo, de hacerlo más diverso, más complejo, más intenso, más placentero. Es capaz de ir más allá de la satisfacción de una necesidad o una carencia. Convierte la necesidad de alimentarse en gastronomía; el impulso sexual en erotismo, la necesidad de comunicarse en poesía, el movimiento en

danza. Convierte actividades finalistas, que son medio para otra cosa, en actividades autotélicas que tienen en sí mismas su propia finalidad. Comer por el placer de comer y no para alimentarse, amar por el placer de amar y no para reproducirse, moverse por moverse, bailar por bailar, hablar por hablar, escribir por escribir, leer por leer, por el placer de leer y no para comunicarse. Lo que hacemos es separar la actividad de su utilidad o de su función, como si hubiera un exceso o un lujo que desborda la función, como si se pudiera suspender la función. El animal humano come, ama, baila, habla, lee y escribe porque le gusta. Y ese gusto no está dado, sino que puede ser incrementado, perfeccionado, cultivado.

La palabra *cultura* tiene que ver con cultivo. Cuanta más cultura, más grande y diverso será el placer. Cuanta más cultura, más sofisticadas serán las artes de vivir, esas en las que hay un hedonismo implícito, porque tienen que ver no sólo con vivir o sobrevivir, sino con disfrutar de la vida y sus placeres. No sólo comemos, sino que inventamos y cultivamos las artes de comer; no sólo amamos, sino que inventamos y cultivamos las artes de amar; no sólo nos movemos, sino que cultivamos las artes del movimiento; no sólo nos comunicamos, sino que cultivamos las artes del lenguaje y de la palabra; no sólo vivimos, sino que inventamos y cultivamos las artes de vivir.

LA LECTURA ESCOLAR Y ESTUDIOSA

A partir de aquí voy a llamar “estudio” a una de las formas del cultivo o el aprendizaje del arte de leer. Voy a hablar del estudio y de la “lectura estudiosa”. Voy a llamar “escuela” al lugar de ese cultivo o ese aprendizaje. Y voy a llamar “diletante”, “amateur”, “aficionado” o “estudiante” a ese lector escolarizado y estudioso.

Podemos llamar estudio, siguiendo la etimología, a la dedicación atenta y cuidadosa a alguna cosa. Estudio significa celo, cuidado, ejercicio, perseverancia. Supone una actividad separada de la utilidad, *non officio sed estudio*, no por oficio, sino por estudio. No es trabajo, pero tampoco entretenimiento. Es una dedicación

placentera pero también exigente. Podríamos hablar entonces de un “leer estudiando” que supone que hay que darle a la lectura, a la experiencia de la lectura, algo de nosotros mismos, entregarle nuestro esfuerzo, nuestra inteligencia, nuestro tiempo, nuestra sensibilidad, nuestro ánimo.

La locución *studio legendi*, por ejemplo, podría traducirse como “dedicación a la lectura”. Y la palabra escuela viene de *scholè* que se traduce al latín por *otium*, que significa tiempo libre. De ahí que la *scholè*, el tiempo libre de la escuela, sea un tiempo liberado tanto de la producción, como del consumo. De ahí también que las materias de estudio, las materias escolares, sean las cosas liberadas de su función para ejercer con ellas y sobre ellas el estudio, es decir, una actividad libre y no definida por su utilidad. De ahí que la escuela sea un dispositivo que libera el tiempo, el espacio, las cosas (las materias de estudio) y los procedimientos (ejercicios) que son imprescindibles para iniciar a los niños y a los jóvenes en el estudio, para convertirlos en estudiantes. De ahí que los sujetos de la escuela, los escolares, sean los estudiosos y los estudiantes. De ahí que la escuela sea la casa del estudio, el dispositivo material que ofrece a los niños y los jóvenes lo necesario para que puedan estudiar, para que puedan aplicarse con atención, disciplina, perseverancia y celo a ejercitarse en actividades que valen la pena por sí mismas. Desde ahí que mi primera cita será de Jacques Rancière, de un texto dedicado a la separación entre escuela y trabajo:

La escuela es, ante todo, una forma de separación de los espacios, de los tiempos y de las ocupaciones sociales [...]. Escuela no significa aprendizaje, sino ocio. La *scholè* griega separa dos usos del tiempo: el uso de aquellos a quienes la obligación del servicio y de la producción quita, por definición, tiempo para hacer otra cosa; y el uso de aquellos que tienen tiempo, es decir, aquellos que están dispensados de las exigencias del trabajo y pueden dedicarse al puro placer de aprender (Rancière 1998, 32).

La escuela no es el lugar de la transmisión de los saberes que preparan a los niños y a los jóvenes para sus actividades futuras de

adultos. La escuela propone actividades gobernadas por una lógica heterogénea a la del orden productivo. La escuela es el espacio y el tiempo situado fuera de las necesidades del trabajo, el lugar donde se aprende por aprender. Lo que hace Rancière es separar las actividades escolares de su función, de su utilidad, porque lo que se hace en la escuela no es productivo, es interesante por sí mismo y no es un medio para otra cosa. En la escuela se aprende por aprender, por el placer de aprender. Hay, por tanto, un placer en el aprendizaje, pero hay también un aprendizaje del placer.

APRENDER/ESTUDIAR UNA LENGUA

En una célebre conferencia titulada “La ceguera”, impartida en el teatro Coliseo de Buenos Aires el 3 de agosto de 1977, Borges dice que al perder el mundo visible, debió crear otro mundo que lo sucediera para que pudiera ser el suyo en el futuro, y que fue en ese momento cuando decidió profundizar en el estudio de la literatura inglesa antigua. En aquella época Borges era profesor en la Universidad de Buenos Aires, pero como las exigencias del estudio al que quería consagrarse no podían someterse a “cuatro meses argentinos de fechas patrias y de huelgas”, convocó a un grupo de ocho o nueve alumnas para emprender con ellas “el estudio de un idioma y de una literatura” que apenas conocían. “Vamos a empezar a estudiarlos”, les dijo Borges, “ahora que estamos libres de la frivolidad de los exámenes”. Y lo que les ocurrió desde el inicio mismo del estudio, continúa diciendo el conferenciante, es que “cada una de las palabras resaltaba como si estuviera grabada, como si fuera un talismán. Por eso, los versos en un idioma extranjero tienen un prestigio que no tienen en el idioma propio, porque se oye, porque se ve cada una de las palabras: pensamos en la belleza, en la fuerza, o simplemente en lo extraño de ellas” (Borges 1980, 149-150).

Tendríamos aquí, me parece, enunciados con claridad meridiana, el motivo de la temporalidad indefinida del estudio (que no puede subordinarse a los calendarios universitarios), el de su

carácter libre (independiente de los exámenes), el de que, en el estudio, no se trata de aprender a usar la lengua sino de oírla, mirarla o admirarla (en su belleza, su fuerza o su extrañeza) y, sobre todo, el motivo de que en el estudio las palabras no son herramientas de comunicación, sino talismanes que abren un mundo o, en el caso de las lenguas antiguas, que permiten recobrarlo haciéndolo, de nuevo, presente.

Hay un fragmento en la conferencia que estoy citando que no está en la versión revisada por Borges y finalmente publicada. Comienza Borges hablando de la pérdida del latín como lengua universal, pero enseguida pasa a deplorar la pérdida del francés como lengua de cultura:

Sé bien que la gente aprende inglés ahora, pero yo que quiero tanto a Inglaterra, que me siento de algún modo inglés, creo que hay una diferencia, y la diferencia es ésta: que quienes aprenden inglés ahora no lo hacen en función de Shakespeare, o de Eliot o de Kipling, no, lo hacen por razones comerciales, en cambio el francés se estudiaba por el amor a la cultura francesa, el estudio del francés no se hacía para hacer negocios, no, el estudio del francés se hacía para acercarse a la gran tradición literaria francesa, y es una lástima que se haya perdido eso (Borges 1977).

Borges está señalando aquí el núcleo de la distinción entre aprender y estudiar una lengua. Una distinción que no está en la lengua, sino en el modo en que nos relacionamos con ella. Una lengua se aprende para usarla, para comunicarse con ella, para hacer negocios. Pero la lengua estudiada es una llave, o un talismán, para otra cosa: para la apertura de un mundo, el de la literatura francesa según Borges, al que sólo se puede acceder a través de la lectura. El inglés se aprende para hablarlo, pero el francés se aprendía para leerlo y por amor a ese componente esencial de la cultura francesa que Borges llama literatura. Y la literatura es ese lugar extraño, posibilitado sólo por la escritura, en el que la lengua deja de ser una herramienta o un instrumento para, de alguna manera, revelarse en sí misma. La literatura es el lugar donde la lengua se

muestra y se revela tanto en su estructura como, sobre todo, en su potencia y en su misterio.

Cuando Borges deplora que ya no se estudia francés para acercarse a la literatura francesa, lo que deplora es que ya nadie se interesa por la materia misma de la lengua francesa. El amor a la lengua por amor a la literatura, o el amor a la literatura por amor de la lengua, es la definición misma del filólogo. Podríamos decir, entonces, que se aprende una lengua por interés comunicativo, por finalidades comerciales; podríamos decir también que se leen libros para identificarse con los personajes, para aprender a vivir o para hacer tesis doctorales; pero se estudia una lengua por interés filológico, es decir, por amor a la lengua misma, y se leen libros por amor a los libros; es decir, por amor a la materia de la que los libros están hechos. De ahí que uno se convierta en aprendiz para sacar provecho de su aprendizaje, pero se convierta en estudiante por amor.

De ahí también que el estudio tenga que ver con el ocio, con la *scholè*, con la libertad, con el interés por la lengua (y la cultura) en sí mismas, y no con el negocio, la *ascholía*, la productividad, el interés por la lengua (y la cultura) en tanto que herramientas para ser usadas. De ese modo, el estudio supone una relación con la lengua en la que su uso ha sido suspendido. Sólo a través de la suspensión del uso, es decir, en tanto que ha sido convertida en materia de estudio, en medio puro, la lengua puede aparecer en sí misma. Una lengua se aprende para usarla, para servirnos de ella, para decir algo con ella; pero se estudia por amor, para ponernos nosotros a su servicio, para que sea ella misma la que nos diga algo.

Para Borges, que era lector y escritor, que tuvo una relación “literaria” con el mundo, que, en las inmediaciones de la ceguera, sustituyó el mundo visible de las cosas presentes por el mundo audible (y legible) de las lenguas del pasado, estudiar una lengua consiste en hacerla sensible. En otra de las conferencias del Coliseo, la del 13 de julio, dedicada a la poesía, Borges comienza su argumentación trayendo a la presencia una sola palabra:

Pensemos en una cosa amarilla, resplandeciente, cambiante; esa cosa es a veces en el cielo circular; otras veces tiene la forma de un arco, otras veces crece y decrece. Alguien —pero no sabremos nunca el nombre de ese alguien—, nuestro antepasado, le dio a esa cosa el nombre de luna, distinto en distintos idiomas y diversamente feliz. Yo diría que la voz griega selene es demasiado compleja para la luna, que la voz inglesa moon tiene algo pausado, algo que obliga a la voz a la lentitud que conviene a la luna, que se parece a la luna, porque es casi circular, casi empieza con la misma letra con la que termina. En cuanto a la hermosa palabra que hemos heredado del latín, esa que es común al italiano, consta de dos piezas, de dos sílabas, lo cual, acaso, es demasiado. Tenemos lua en portugués, que parece menos feliz; y lune, en francés, que tiene algo de misterioso [...]. En alemán, la voz luna es masculina, Mond. Así Nietzsche pudo decir que la luna es como un monje, Mönch, que mira envidiosamente a la tierra, o un gato, Kater, que pisa tapices de estrellas [...]. Cada palabra es una obra poética (Borges 1980, 103-104).

Y continúa:

El lenguaje es una creación estética. Creo que no hay ninguna duda de ello, y una prueba es que cuando estudiamos un idioma, cuando estamos obligados a ver las palabras de cerca, las sentimos hermosas o no. Al estudiar un idioma, uno ve las palabras con lupa, piensa esta palabra es fea, ésta es linda, ésta es pesada. Ello no ocurre con la lengua materna, donde las palabras no nos parecen aisladas del discurso (Borges 1980, 105-106).

En la conferencia sigue leyendo y comentando versos y hablando de la belleza de la lengua, el amor a la lengua, la felicidad de la lengua, y de su trabajo de profesor como el de transmitir (y compartir) esa belleza, ese amor y esa felicidad, eso que sólo aparece cuando las palabras se aíslan del discurso, se hacen sensibles y se exponen en su belleza y en su misterio; es decir, cuando se convierten en materia de estudio.

LOS MUCHOS ESTORBOS

Terminaré con una referencia a un texto muy conocido de Sor Juana Inés de la Cruz, la *Carta a sor Filotea*, allí donde hace una exposición apasionada y apasionante de su deseo de saber, su inclinación a las letras y al estudio, y las dificultades derivadas de su condición de mujer.

Habla Sor Juana con mucha vehemencia de su temprano deseo de saber, su aprendizaje casi clandestino de la lectura, la oposición de sus padres a sus inclinaciones, sus ruegos constantes para que la enviaran a estudiar a la capital, su autodidactismo en la biblioteca de su abuelo, su entrada en religión para huir del matrimonio y poder dedicarse a las aventuras del conocimiento, “de no querer tener ocupación obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros”.

Dice Sor Juana que “la estudiosa tarea”, el “leer y leer” y el “estudiar y estudiar”, es para ella descanso y no obligación; que “sufría muy gustosa todo tipo de trabajos por amor a las letras”. Se trata de un sufrimiento gozoso, de un conocimiento que implica un placer esforzado. Dice también que estudia todas las materias precisamente porque “no tenía interés que me moviese” ni “límite de tiempo que me estrechase el continuado estudio”. La cita que más me interesa dice así:

Lo que sí pudiera ser descargo mío es el sumo trabajo no sólo en carecer de maestro, sino de condiscípulos con quienes conferir y ejercitar lo estudiado, teniendo por maestro un libro mudo, por condiscípulo un tintero insensible, y en vez de explicación y ejercicio muchos estorbos (De la Cruz 2006, 8).

Tenemos aquí la necesidad de explicación y de maestros, la necesidad de ejercitación y de disciplina, la necesidad de condiscípulos, de eso que en el lenguaje escolar clásico se llamaba *collegium* y *colloquium*, leer juntos y hablar de lo leído, lo que Sor Juana llama conferir lo estudiado. Nada más y nada menos que un magisterio

(alguien que haya estudiado más) y una compañía (alguien con quien compartir lo estudiado). Y dejo para la reflexión el asunto de los muchos estorbos; para pensar entre todos y todas qué es lo que estorba el placer de la lectura y la posibilidad de aprenderlo y cultivarlo.

REFERENCIAS

- Borges, J. L. 1980. *Siete noches*. México. Fondo de Cultura Económica.
- . 1977. “La ceguera”. Conferencia impartida en el teatro Coliseo de Buenos Aires el 3 de agosto de 1977. <https://www.youtube.com/watch?v=LLjd2eo62II>.
- De la Cruz, J. I. 2006. “Respuesta de la poetisa a la muy ilustre Sor Filotea de la Cruz”. <https://biblioteca.org.ar/libro.php?texto=130346>.
- Rancière, J. 1998. “École, production et égalité”, en *L'école de la démocratie*, 32-45. París: Ediling.

Los poderes de la lectura por placer. Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información/UNAM. La edición consta de 100 ejemplares. Coordinación editorial, Anabel Olivares Chávez, revisión especializada: Valeria Guzmán González; corrección de pruebas: Valeria Guzmán González y Carlos Ceballos Sosa; formación editorial, Mario Ocampo Chávez. Fue impreso en papel cultural de 90 g en los talleres de Migal Impresiones Digitales, 3er Anillo de Circunvalación no. 73, Col. Barrio Santa Bárbara, Alcaldía Iztapalapa, CDMX, C. P. 09000. Se terminó de imprimir en diciembre 2022.